

La poesía y Paco Ibáñez. Carta a los jóvenes lectores

Querido y joven lector:

Vengo a hablarte aquí de la poesía y de quien hoy, desde ayer, nos la trae. En sus canciones, oirás una voz, si aún no la has oído, que parece que esté siempre a punto de quebrarse, y que, sin embargo, se afirma en sí misma, en su grave y extraña autenticidad.

Es difícil resumir en una carta, necesariamente breve, lo que para varias generaciones de jóvenes ha significado la obra de Paco Ibáñez. Tú, ahora, probablemente no lo entiendas, pero en sus canciones, y en el anhelo infinito de las palabras de los poetas que las inspiraron, corríamos, gritábamos, en las mismas calles por las que tú ahora caminas, nuestra juventud, nuestra verdad, contra un poder que encarcelaba, torturaba y mataba, y que en aquel tiempo, en los últimos años de la dictadura franquista, nos parecía que no iba a acabar nunca. Soñábamos, entonces, lo que la poesía, si lo es, lleva siempre consigo: otro hombre, otra mujer, otra sociedad, otro mundo posible, libre, justo y solidario. Con Paco Ibáñez conocimos, cada uno, y compartimos todos, el pasado que nos habían robado, la verdad y la belleza, el milagro que hizo que en esta tierra nacieran y vivieran —en otro tiempo que su música nos traía—, Antonio Machado, Federico García Lorca, Miguel Hernández, Luis Cernuda o Rafael Alberti. Tú quizás no lo sepas, pero cada uno de esos poetas, españoles y universales, que él canta lleva en sí lo más hondo de un país, el nuestro, y de su trágica verdad e historia: la poesía y la luz del mundo asesinadas, encarceladas, exiliadas y sepultadas, sí, después, durante cuarenta años sin libertad.

Te hablo de sentimientos que me llevan a tu edad; tengo ahora tus años, tu ilusión, tu esperanza, y, al mismo tiempo, estoy entrando en el otoño de mi vida, y él, Paco Ibáñez, en su vejez; y, sin embargo, los dos vivimos hoy tu

mismo anhelo, porque ni él, ni yo, ni muchos de nosotros, hemos renunciado al sueño que quiere renacer siempre en la juventud.

Sus canciones, pues, no nos hablan de nostalgia de una lucha, de unos ideales pasados, sino de presente, de lo que el presente nos está pidiendo aún a gritos. Después de cuarenta años de dictadura y casi cuarenta más de negación del exilio y de la memoria histórica, las canciones de Paco Ibáñez nos están diciendo ahora, con la misma valentía que siempre, que la realidad actual de nuestro país aún le debe más a la oscuridad de los años inacabables de la dictadura que a la luz que nos dejaron aquellos grandes poetas. Por eso, en el fondo, Paco Ibáñez sigue siendo un exiliado, un desterrado que viaja incansablemente por todo el mundo, con sus canciones, naciendo siempre de épocas demasiado vividas, buscando un país que quiso ser, que se dibujó durante unos años como un sueño, y que nos robaron, tras una guerra cruenta, y nos siguen robando cada día.

Por fortuna, ese país soñado está siempre ahí, para quien lo sepa descubrir, en la verdadera poesía, y en el misterio que alcanza a veces una breve canción. Paco Ibáñez lo sabe y lo ha dicho rotundamente: “la poesía es el alma de la humanidad”. La poesía está siempre comprometida con el ser humano y con el mundo, aunque sus palabras no sean de compromiso. Por eso también ha afirmado: “vale la pena vivir por una canción”. Algunas de las mejores canciones de Paco Ibáñez lo son, simplemente, porque ha sabido descubrir la música que late oculta en el poema y ofrecémosla a todos. Así, poemas condenados, primero por la censura y luego por las leyes del mercado, a vivir en las páginas casi secretas de una edición de cientos de ejemplares, han podido llegar, haciéndose canciones, a cientos de miles de personas de diferentes países y culturas.

Tengo que ir acabando ya esta carta, y, sin embargo, déjame que te diga aún algo más, casi en voz baja, quebrada como la de él: la canción de Paco Ibáñez que varias generaciones de jóvenes sentimos como un himno —un

himno distinto, callado, íntimo, sin abanderados, ni banderas— no fue una canción de tema político o de reivindicación social, sino un poema que hoy casi nadie conocería si él no lo hubiese convertido en una canción de esperanza. Me estoy refiriendo a “Palabras para Julia”, de José Agustín Goytisolo; palabras de un poeta a su hija, a una vida que crece, en la juventud, en la belleza y en la incertidumbre, que nunca encontraron una música mejor para poder ser escuchadas. Escúchalas tú ahora y descubrirás, estoy seguro, que también fueron escritas y compuestas para ti.

Alfonso Alegre Heitzmann.

El Prat de Llobregat, 29 de septiembre de 2014.